



Franziska Gänsler

El verano eterno

Traducción del alemán de Marc Jiménez Buzzi



Galaxia Gutenberg

FRANZISKA GÄNSLER

El verano eterno

Traducción de Marc Jiménez Buzzi

Galaxia Gutenberg



La traducción de este libro ha recibido una ayuda del Goethe-Institut

Título de la edición original: *Ewig Sommer*
Traducción del alemán: Marc Jiménez Buzzi

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2026

© Kein & Aber AG, Zúrich, 2022
Publicado según acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Marc Jiménez Buzzi, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 588-2026
ISBN: 979-13-87605-03-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

La mujer y la niña llegaron un martes. Hacía semanas que no venía ningún huésped. Las ferias se habían cancelado o aplazado debido a la permanente situación de peligro, y al parecer no había otras razones para venir a nuestra región.

Pese a que ya era octubre, el calor de los últimos días había vuelto a avivar los fuegos. En el jardín se oían los helicópteros sobrevolando el bosque, así como los avisos de la policía cada dos horas mientras recorría la zona: *Permanezcan en casa, pónganse la mascarilla, mantengan puertas y ventanas cerradas. Permanezcan en casa, pónganse la mascarilla, mantengan puertas y ventanas cerradas. Permanezcan en casa.* El volumen subía y bajaba a medida que se acercaban y se alejaban.

Yo había estado tomando el sol y ahora estaba en bata en el fresco vestíbulo.

—¿Tiene una habitación libre?

Mis ojos tardaron un rato en adaptarse a la oscuridad y poder discernirlas. Frente a mí había una mujer y una niña pequeña, de unos tres o cuatro años, calculé. La mujer era más o menos de mi edad, treinta y tantos o casi cuarenta. Llevaba un vestido claro, tenía una pequeña maleta de carrito junto a ella, a la niña agarrada con la mano derecha y un bolso colgado al hombro. Me di cuenta de que ni ella ni la niña llevaban mascarilla, pero quizá llevaban ya un rato esperándome y se las habían guardado. Tenían las piernas y los zapatos polvorientos

y grises, y traían el olor del bosque, el olor a hojas quemadas y humo.

Las precedí a través del pequeño comedor y salimos al jardín por las puertas de la terraza. Una baja pasarela de madera, al estilo de una veranda japonesa, llevaba de la terraza a las habitaciones. En el centro estaba el estanque de los peces, junto al cual se alzaba el pequeño arce ornamental, con las hojas de un rojo brillante. Un joven gato gris se deslizaba entre los juncos resecos, se detuvo y nos miró fijamente.

Sabía que a la mayoría de los huéspedes les sorprendía aquel jardín. Desentonaba con el resto del hotel, con el oscuro vestíbulo, con el comedor con los muebles de madera y las cortinas verde oscuro, y con su nombre, que, en una muestra de falta de imaginación, era el mismo que el del pueblo: Hotel Bad Heim. Mi abuelo había diseñado el jardín de esa manera, durante un verano que mi madre y yo pasamos aquí. Yo estaba entre primero y segundo curso y a mi madre le encantaba todo lo japonés. Casualmente, el jardín se adaptaba bien a nuestro tiempo, porque aparte del estanque apenas necesitaba agua.

El cielo se nos echaba encima desde el bosque. Mientras andábamos por la pasarela me di cuenta de que la mujer se había detenido detrás de mí. Vi que miraba las columnas de humo marrones que se levantaban desde el fuego, al otro lado del río, donde el bosque era casi todo de coníferas. Me pregunté si era posible que no supiera nada de los incendios, si habían acabado aquí por alguna casualidad. Para quien no estuviera acostumbrado o no contara con ello, aquella visión tenía que resultar bastante amenazadora.

—No se preocupe —le dije—. Sólo es la capa de arbustos. Y el río discurre entre medias. Los fuegos se quedan al otro lado.

Abrí la última puerta de la parte trasera, la habitación número 5. Dentro, el sol de la tarde se filtraba a través de los postigos cerrados y caía sobre la cama y la alfombra.

La niña se había quedado en el jardín y estaba observando al gato. La mujer miró a su alrededor y dejó la maleta junto a la puerta. Le pregunté si quería que abriera los postigos. Era la única habitación que tenía una segunda ventana; daba al prado de detrás de la casa, hacia el bosque. La mujer me sonrió.

Dejé la llave sobre una mesita.

–Pueden cenar aquí, los restaurantes del pueblo están cerrados. –Recordé que había olvidado tomarles los datos–. Necesito sus nombres –le dije–, y los carnés de identidad, por favor.

La mujer asintió y volvió a sonreír.

–¿Puedo llevárselos más tarde? No sé dónde los tengo. Nos llamamos Dorota e Ilya Ansel.

Me deletreó los nombres, yo dije el mío y añadí que me avisara si necesitaba algo. Luego nos despedimos. Cuando me volví hacia ella desde la puerta vi que se había sentado en la cama y se había quitado los zapatos. La sonrisa amable había desaparecido de su rostro. En su lugar había algo tenso alrededor de sus ojos, como si se hubiera sumido en sus pensamientos, sin esperar que yo me volviera.

No las vi en todo el día. Fumé, tomé el sol y escuché música. Hacia el atardecer me preparé un plato de sardinas en aceite y tomates de lata. Me pregunté si debía preparar algo para la mujer y la niña, pero decidí esperar a ver. En caso de que necesitaran algo tenía suficientes ingredientes para arreglar una comida sencilla, pescado congelado, patatas, pan, queso, huevos y algunas conservas.

Miré las noticias en el comedor. Se mantenía aquel calor inusual, no había lluvia a la vista. Había abierto la puerta principal y la puerta corredera del jardín, y una brisa cálida recorría la casa. El interminable verano traía consigo una extraña inquietud, una impotencia que intentaba ignorar la mayor parte del tiempo. En algún momento tenía que refrescar, se formarían nubes, llovería. Llegaría el otoño. Una creencia en

una vieja normalidad que los meteorólogos habían ido aplazando día tras día. Perplejos, observábamos la curva de la temperatura, la línea roja y la azul, que indicaban el día y la noche y permanecían muy juntas, invariables. Cada día la esperanza de un descenso, al menos de la línea azul, de noches más frescas, de masas de aire de distintas temperaturas que pudieran chocar sobre el bosque. Cada día la esperanza de nubes, de lluvia. Cada día *todavía no*. Cada día el *tiene que llegar en algún momento, llegará*. La espera.

El eterno verano no sólo aumentó mi temor a los incendios, sino también mi impotencia. Me había acostumbrado a los incendios en julio y agosto, pero ahora llevábamos esperando desde mediados de septiembre que se humedeciera la tierra y se aclarara el aire.

Di mi paseo habitual por el jardín, di de comer a los peces, ahuyenté a los gatos, recogí de la superficie del agua las primeras hojas caídas. Apenas olí los fuegos aquella tarde, el viento venía del pueblo. Pronto dejaría de arder. Era cuestión de días.

Desde una de las tumbonas miré al cielo rosa, hasta que se volvió negro, y sólo quedó el resplandor del bosque, muy lejos del río. Me encendí un cigarrillo y caminé despacio por la grava hasta la valla, tras la cual el césped amarillento se extendía hasta la linde del bosque. Miré hacia la habitación donde se habían instalado la mujer y la niña. No habían salido desde su llegada, y ahora estaba oscuro ahí dentro, detrás de los postigos, oscuro y en silencio. No habían encendido la televisión y nadie hablaba. Recordé que no le había preguntado a la mujer cuánto tiempo pensaban quedarse. Una noche, supuse.

La madre debía de tener alguna razón para quedarse aquí con la niña pequeña cuando todo estaba tan restringido por las medidas de seguridad y la calidad del aire era tan mala. Probablemente estaban de paso, habrían tenido que cambiar de tren, se habían quedado atrapadas. Me imaginé una vía de tren que no había resistido el calor. El fallo del aire acondicionado y unas temperaturas insoportables en los vagones.

Volví a mi tumbona, cogí el manojito de llaves y salí del hotel por la entrada principal. En el vestíbulo había un cochecito plegado que no había visto antes.

Las calles estaban vacías. Caminé lentamente por el pueblo. Pasé por delante de las ventanas cubiertas de láminas aislantes y del parque infantil que habían cerrado en verano para reducir el tiempo que los niños pasaban al aire libre. Había un grupo de adolescentes sentados en una estructura para trepar. Estaban fumando con las cabezas muy juntas, sus caras reflejaban la luz de sus teléfonos móviles, islas brillantes en la oscuridad. Los oí reír. Uno de ellos se movió, se agarró a la barra superior y se impulsó lentamente hacia arriba. Su espalda gris, sus hombros grises; parecía fácil, ese subir y bajar, como si apenas exigiera fuerza.

Me detuve un rato en el cruce y escuché las voces, las risas, los graves, la mezcla de ruidos reales y los que procedían de los teléfonos móviles. Los semáforos seguían siendo superfluos, un tren pasaba por la estación vacía. Los carteles de las farolas advertían del fuego, del aire, ilustraban la forma correcta de comportarse. Dibujos lineales de cabezas con máscaras antihumo, niños y ancianos junto a un termómetro, números de emergencia, un mapa en el que se indicaban los puntos de reunión en caso de evacuación.

Las restricciones de la salida a la calle estaban en vigor desde mediados de abril. La situación cambiaba a diario, con la dirección del viento, con el éxito de las labores de extinción, con el tiempo. El viento a menudo arrastraba el humo hacia el pueblo. Los ancianos y los niños permanecían en casa, detrás de las ventanas cerradas, y sólo veían los paisajes de su región en las pantallas del televisor o del móvil. Todos observaban los mapas que difundían las autoridades, con matices de colores que iban del rojo al amarillo pasando por el anaranjado, que indicaban los valores de los compuestos de azufre en el aire.

Bad Heim. Casas bajas, jardines delanteros asfaltados, calles vacías. Señales que indicaban lugares que ya no existían: el balneario, el casino, los viñedos. Vallas publicitarias. Detrás de

ellas, bloques de pisos que marcaban un horizonte blanco como montañas, fachadas, balcones sobre balcones, donde lo privado estaba junto a lo privado, separados por paredes de cristal esmerilado. Rascadores para gatos, pajareras, muebles de plástico recubiertos con manteles de hule, tendederos, bicicletas estáticas. El búnker vacío del Grand Hotel, las letras incompletas que se elevaban hacia el cielo en la fachada, las viejas cortinas. Muchas casas conservaban aún la indicación de que una vez albergaron pensiones, placas verdes que prometían para siempre habitaciones libres, descanso y aire puro.

Pasé por delante de la estación, crucé las vías del tren y enfilé el camino asfaltado. Después de la última farola se extendía el prado a la derecha. Desde allí se veía mi hotel en el límite del pueblo, el único que seguía abierto en Bad Heim. La ventana de la habitación número 5 destacaba negra en la pared. Vi que, después de todo, la mujer había abierto los postigos.

En el círculo brillante de la luz exterior, mi pequeño mundo. Tres tumbonas, una mesita. Sobre ella, mi altavoz, mi cenicero.

Caminando a través del prado llegué a la abertura de la valla y entré en el jardín. Cuando ya estaba cerca del edificio, distinguí una forma pequeña y pálida detrás de la ventana. Sólo cuando se movió reconocí lo que veía. La planta de un pie aplastada contra el cristal, el pie de alguien sentado allí, en la oscuridad. Me llevé un susto. Pensaba que la mujer y la niña estaban dormidas, pero al parecer la madre estaba sentada frente a la ventana, en la oscuridad, mirando hacia fuera, hacia el bosque. Debí de verme llegar. Pasé deprisa, procurando no girarme en su dirección, como si mis pensamientos estuvieran en otra parte. No obstante, se me quedó grabada la imagen de la planta del pie como un recuerdo extrañamente desagradable, los dedos pálidos, las yemas presionando el cristal, como tratando de ensanchar el espacio.

A la mañana siguiente la ceniza cubrió los campos, suaves copos grises revoloteaban en las esquinas del jardín, yacían sobre el agua. El cielo era marrón, se alzaban del bosque unas nubes bajas, el viento había vuelto a cambiar de dirección durante la noche. Era un viento cálido, demasiado cálido, y traía consigo un olor acre. Pensé en los bomberos y en todos los servicios de emergencia, en sus llamadas entre los troncos, en las órdenes rápidas, las botas que batían el suelo del bosque.

Cuando salí de mi habitación, la niña, Ilya, estaba sentada sola en el jardín.

–Te has levantado temprano. –Le sonreí, pero ella se limitó a mirarme y volvió a dirigir su atención a su juego. Revolvía la grava con un bastón corto, mezclaba la ceniza con piedras y hojas quemadas. Pensé en la recomendación de que los niños no estuvieran mucho tiempo fuera, en las zonas de juegos, las piscinas descubiertas y los parques cerrados, pero no me sentía cómoda inmiscuyéndome en la situación de las dos. Desde hacía años sólo habían venido a mi hotel viajeros solos que valoraban que los dejara en paz. Las familias no venían a la región de los incendios, y además yo tenía poca experiencia con niños. Los pocos conocidos que habían sido padres en mi entorno se habían marchado. Paula, Helene. Pensé un momento en llamar a Baby, mi vecina, para preguntarle si debía tener algo en cuenta, pero la niña se veía contenta, sumida en su juego. No parecía necesario molestarla, aclarar nada.

Como cada mañana, examiné el arce, observé las hojas rojas en busca de agujeros, de pequeñas pústulas grises, de daños producidos por el calor, la sequedad, el humo, pero no detecté nada. Pensé otra vez en la presencia de la niña en el jardín y chequeé la aplicación, evalué los datos para el día. La concentración no era preocupante, Bad Heim y todo lo que quedaba al sur del río estaba bajo una superficie de color amarillo claro. Concluí que las medidas de precaución se aplicaban a largas estancias, a niños cuya vida cotidiana se desarrollaba en las zonas de incendios. Una sola mañana fuera difícilmente causaría ningún daño.

Al pasar por su lado le dije que iba a ocuparme del desayuno, pero no reaccionó. En la cocina preparé café y leche caliente, coloqué tostadas y paquetitos de mantequilla y mermelada en dos platos, lo puse todo sobre una mesa junto a la ventana y saqué la silla infantil del trastero. No tenía fruta fresca, de modo que vertí una mezcla de conservas en una gran fuente de vidrio. Trozos amarillos, blancos y naranjas, cerezas de un rojo chillón en un jugo espeso. A través del turbio cristal vi que la niña seguía estando sola en el jardín. La puerta de la habitación de la madre estaba entornada, antes no lo había advertido. Seguramente estaba haciendo las maletas, duchándose, tendiendo la cama. Pensé en la ceniza que mientras tanto se colaba por la puerta. En la pelusilla gris en las fibras de la moqueta, en las sábanas y toallas. Pensé en cómo después pasaría la aspiradora por el suelo e iría dejando un rastro claro en la moqueta.

Me bebí mi café en la salida trasera de la cocina, me fumé un cigarro, me comí el resto de un bollo. Aquí, en los cubos de basura, merodeaban los gatos, hacían pasar sus cuerpos juntos por las aberturas de la valla. Venían y se iban, una y otra vez.

Cuando volví a salir al jardín eran casi las nueve. La niña ahora estaba sentada en el borde del estanque, unas bocas rojas de pez aparecían en la superficie del agua, atrapaban la ce-

niza, como si fuera comida, y volvían a desaparecer. El nivel del agua era demasiado bajo, pero a causa de las restricciones sólo podía rellenar el estanque una vez a la semana.

Me eché en una de las tumbonas que quedaban cerca de la niña. Me pregunté si tendría hambre o sed, si debía volver a hablarle, llevarle algo para desayunar, pero parecía estar muy sumida en sus pensamientos. Al cabo de un rato me levanté, cogí la escoba, fui barriendo la veranda palmo a palmo hasta la puerta con el número 5. Tras la puerta, la habitación parecía en completo silencio. Cuando llegué al final de la veranda barrí con cuidado junto al borde de la casa. Por la rendija de la puerta alcancé a ver sólo una parte de la habitación. Una franja de moqueta, el borde de la cama y, sobre ella, inmóviles, las corvas claras de la madre, sus piernas cruzadas, dobladas. Debía de tener la espalda vuelta hacia la puerta, el cuerpo destapado sobre la cama, hecho un ovillo, como el de una niña pequeña.

La ceniza era más liviana que el polvo corriente. Se quedaba prendida en las cosas, y cuando la limpiabas volvía de inmediato. Rehice el mismo camino con la escoba, sin hacer ruido. Ante mí cayó lentamente una hoja incandescente sobre la madera de la barandilla. Su forma vieja, combada hacia dentro por la sequedad, estaba aún intacta, pero entre las venas negras sólo quedaban alvéolos blancos, quemados. Apoyé la escoba en la pared de la casa, cogí la hoja con cuidado, la protegí del viento y se la llevé a la niña.

—¿Habías visto algo así alguna vez? —En cuclillas, abrí lentamente las manos. La niña miró con curiosidad en la cavidad que formaban mis dedos, se acercó con cautela. Por un momento la hoja permaneció allí como una mariposa, y luego el viento se la llevó. Se desintegró sobre nuestras caras, se disolvió.

—¡Ilya! —La madre estaba ahora en la rendija de la puerta. Llevaba un vestido blanco, el pelo recogido en la nuca—. Perdóname, por favor —dijo, dirigiéndose a mí, y luego, a su hija—: Ilya, ven, deja trabajar en paz a la señora Lehmann.

Me enderecé, sonreí.

–No me molesta.

Me di cuenta de que llevaba los mismos zapatos que al llegar, que las delgadas tiras de cuero seguían estando grises y polvorientas. Parecía cansada, agotada, como si apenas hubiera dormido.

La niña, entre nosotras, seguía mirando hacia el cielo, buscando aún la hoja desintegrada.

–¿Quiere desayunar algo, señora Ansel? –pregunté–. ¿Un café?

Su respuesta llegó con un poco de retraso, como si la pregunta hubiera tardado un momento en atravesar sus pensamientos. Luego me sonrió, asintió con la cabeza y cerró la puerta. Sus tacones golpeaban el parqué con pasos rápidos.

Cuando las dos estaban sentadas a la mesa, cerré la puerta de la terraza. La madre fumaba y miraba hacia fuera, hacia el bosque. Irradiaba cierto nerviosismo. Los dedos de sus pies y las comisuras de sus labios parecían estar en constante tensión, no podían dejar de moverse. Se arañaba los dedos, gesticulaba con las manos, se retorció las muñecas. Apenas hablaba con la niña, pero me sonreía cada vez que me acercaba a su mesa para llevar o retirar algo. En los bordes de esa sonrisa había cierta reserva que mostraba a las claras que se trataba de un gesto de cortesía, de una muestra de buenos modales, no del deseo de entablar contacto. Esa tensión me recordaba a mi madre, aunque aquella mujer no se le pareciera en nada. Sus ojos eran de un color poco frecuente, entre el gris y el verde, era alta y delgada, su cara tenía unos contornos bien perfilados. La raya del pelo, las cejas, los pómulos, las mandíbulas, las líneas de los labios. Era extraordinariamente bella, pero sobre su belleza se extendía una resistencia que expresaba en su mirada evasiva, en la manera que tenía de moverse, como si no quisiera que los otros la mirasen. Mi madre había sido terna, una forma que parecía fundirse con su entorno, siempre ávida de atención, cariño, confirmación.

–¿Puedo entrar en su habitación? –pregunté a la mujer cuando todo estaba listo.

–No es necesario, gracias.

Pasé un trapo por la mesa contigua, los respaldos de las sillas. Ceniza por todas partes.

–¿Sabe cuánto tiempo van a quedarse?

La mujer dio una calada al cigarro.

–No exactamente –dijo–. ¿Hay algún inconveniente?

Le dije que a causa de los incendios el hotel estaba vacío, y seguí su mirada sobre el jardín, sobre el prado, hacia la linde del bosque.

–De verdad que no deben tener miedo –le volví a asegurar y sonreí a la niña–. Los fuegos se quedan en el suelo. Aquí llega sólo el aire, ¿sabe?, cuando el viento viene del bosque. –Le mostré el trapo, que estaba gris de la ceniza–. Simplemente es que ha hecho demasiado calor durante demasiado tiempo, el bosque está demasiado seco. –Me encogí de hombros. Era una frase que se oía a menudo y que yo misma había dicho muchas veces. Me parecía que tenía la obligación de informar a los viajeros sobre la situación de peligro actual, sobre la forma correcta de comportarse, sobre las medidas de seguridad–. ¿Tiene una mascarilla? La necesitarán, si quieren estar fuera más tiempo. –Fui a la recepción a buscar un folleto y dos mascarillas plastificadas. Una para adultos, una para niños–. Aquí lo pone todo. El verano ha sido horroroso, pero ahora, con el otoño, la cosa se volverá a calmar. Cuando llueva.

Asintió con la cabeza, me dio las gracias, cogió las cosas que le tendía. Pareció echar una rápida ojeada a la información, dejó el folleto y las mascarillas en la mesa y apartó su plato, que no había tocado. Junto a su taza de café tenía su móvil, lo cogió, lo dejó en la mesa y volvió a cogerlo. Cuando se iluminó entendí que alguien intentaba llamarla. La mujer volvió la pantalla hacia abajo, contra la mesa.

Cuando la niña ya no tenía más hambre y había vaciado su taza de leche, su madre le dejó levantarse y volver al jardín. La

mujer se quedó sentada a la mesa. Por la puerta abierta llegó de inmediato el olor a humo.

Miramos a la niña, que volvió a ir hasta el estanque, se agachó y atravesó con los dedos la piel de ceniza que se había depositado sobre el agua.

—Ilya cree que la ceniza es nieve —dijo la mujer con una breve risotada. Vi su cara en el reflejo del cristal. No sonreía. Su cigarro ardió, inhaló y soltó el humo entre ella y el cristal. Volvió a llamarme la atención lo agitada que estaba, que no pudiera tener las manos quietas. Una cadenita dorada en su brazo izquierdo lanzaba, con sus movimientos, rápidos reflejos de luz a la pared.

Intenté recordar cuándo habíamos tenido nieve por última vez. Debía de haber sido cinco o seis años atrás, infancias enteras, pensé, sin nieve. La mujer aplastó el cigarro, cogió el folleto, las mascarillas y el móvil y se levantó. Mientras retiraba la mesa observé cómo se sentaba en una de las tumbonas de fuera. Ilya sopló hacia la ceniza, la vi reírse, los copitos se dispersaban delante de su boca.

En los siguientes días se instaló una regularidad en la que me enteré de poco de las dos. Dormía mal, por la noche tosía y sudaba, durante el día a menudo estaba cansada. Me despertaba temprano con la esperanza de que los meteorólogos se hubieran equivocado y la noche hubiera traído un cambio, pero el calor se mantenía inalterable.

De vez en cuando Baby venía a la valla. Sudaba y estaba emocionada con que hubiera venido alguien nuevo a la región, y además con una niña. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían, y cómo era que no sabía nada de ellas? Se rio y me dio un golpe en los hombros. Estábamos bajo el sol de la mañana, entre el jardín y el bosque. Los incendios, el tiempo, sin cambios. Luego Baby volvió a su casa por la senda que discurría entre la hierba dura.

Examiné el estado de mi árbol, preparé el desayuno. Cuando el viento venía del pueblo abría la ventana y las puertas y

dejaba que oreara la casa. Luego me senté con mi café en el jardín, fumando y leyendo, hasta que en algún momento Ilya salió afuera. Jugaba sola, miraba los peces, revolvía guijarros. A veces traía una figura de plástico o una muñeca. Yo había sacado afuera unos cuantos juguetes de antes, pequeños cubos y palas, un pequeño rastrillo. Cosas con las que yo había jugado de niña. Me alegraba ver que esas cosas volvían a usarse y mirar a Ilya con ellas. Cavaba agujeros y los llenaba de guijarros, y oí que en sus monólogos inventaba varias historias.

Me di cuenta de que, cuando me ponía a resolver las cosas que se presentaban en el hotel día tras día, me miraba. Aunque apenas hablábamos, me gustaba la sensación de no estar sola. Con Ilya a mi espalda, barría la veranda, limpiaba la ceniza de las sillas, las mesitas y las tumbonas. En esos momentos, el pasado se sobreponía al presente. Recordaba que yo misma había estado en el jardín, mi propia mirada sobre el cuerpo inclinado de la tía, su cara concentrada sobre las cintas de agua y espuma. Las piedras bajo mis suelas y mi madre a mi lado, sus brazos blancos y blandos al sol.

Mi madre había crecido en Bad Heim. Se había ido a los dieciséis años, a los veinte me había tenido a mí, y a los treinta y dos había muerto. De niña no supe por qué odiaba tanto todo aquello, el hotel, el abuelo, la tía, todos los que se habían quedado aquí, salvo Baby. Cuando mi madre venía conmigo a Bad Heim, sucedía siempre de repente, como una huida, cuando no había ninguna otra opción. Mientras nos íbamos acercando al pueblo se iba volviendo más y más inquieta. Sus miradas ya no se detenían en mí, sus manos se agarraban con fuerza al volante, sus uñas pintadas de rosa, las largas caladas a sus finos cigarros. Para mí era el único lugar al que volvíamos una y otra vez. Nuestra maleta en el asiento de atrás. El abuelo que nos esperaba ante la casa, que me cogía en brazos, mi madre que no se dejaba abrazar ni besar, que sólo tenía para él una rara sonrisa. Una sonrisa como de cristal, como todo lo suyo en cuanto se acercaba a él.

A lo mejor él creía que cuando hubiera arreglado el jardín nos quedaríamos, pero para mi madre no había aquí nada más que la estación. La estación y el cielo.

Aquel verano, cuando yo había terminado primero, sobre la mesa del comedor de mi abuelo se amontonaban, junto al cenicero, viejos libros de fotografías y guías de viaje. El abuelo los estudiaba a través del humo de sus cigarros y de los turbios cristales de sus gafas. Vinieron unos hombres del pueblo y montaron el alero, las columnas, el camino. En camiseta interior bajo el sol, el abuelo cavaba con una laya un hoyo en mitad del jardín, para el estanque.

El césped, los bancales, el columpio: todo lo que antes se encontraba allí lo había planeado él. Trajeron los guijarros, y él aplanó la montaña palmo a palmo, con un rastrillo gigante. Estaba de pie en medio del polvo y trazaba líneas rectas, dispuso una superficie de piedras con ranuras regulares sobre la tierra, alrededor del hoyo y del arce, que entonces todavía era nuevo y diminuto. Al final llegaron los peces.

Mi madre se sentaba o se tumbaba con un kimono amarillo junto a la ventana o en el jardín. Fumaba, hablaba por teléfono, escribía en su diario. Miraba a su padre como si nada de todo aquello le importara.

Yo estaba al margen. Recuerdo mi lástima por él, sus brazos delgados, viejos, la maleta, que se quedaba sin deshacer, de la que cada día sacábamos algo que volvíamos a meter luego, directamente de la cuerda de tender.

Semanas que caían lentamente hacia el otoño, mi madre que parecía cada vez más inmóvil. En la tumbona del jardín, en la cama. Para quien en algún momento se volvió difícil llevarse el cigarro a la boca, el peine al cabello, el espejo en una mano, el pintalabios en la otra. Un rojo o un rosa tembloroso, saliéndose de las líneas de sus bonitos labios. Cosas que le caían de las manos, libros y vasos que se quedaban en el suelo hasta que yo los recogía, o hasta que los recogía el abuelo, o la tía, o Baby. Trozos de vidrio, agujeros de quemaduras. Baby,

que le lavaba y cortaba el pelo a mi madre, los rizos rubios sobre la moqueta.

Mi madre: «Debería haberme comprado una cuerda hace mucho tiempo». Se lo decía a su reflejo en el espejo, a su hermana, a mí. A Baby, la única que se podía reír de aquello.

Baby todavía estaba allí. Le encantaba que el bosque se quemara, ya que eso le daba al pueblo algo de dramatismo, algo que mitigaba su aburrimiento. Quedábamos las dos, Baby y yo.

Después de trabajar en el jardín, hice mi ronda por las cuatro habitaciones libres. La pequeña vivienda en la que yo dormía estaba al otro lado del jardín, junto al almacén y el trastero donde guardaba las herramientas del jardín, las tumbonas, las sombrillas y otras cosas por el estilo. Tras la puerta con el letrero «Privado» estaba mi vivienda: dos habitaciones y un pequeño cuarto de baño. Antes, mis abuelos habían vivido aquí solos, luego con mi madre y su hermana, luego el abuelo solo con las hijas, luego el abuelo y la tía, y luego él y yo. Desde que el hotel estaba casi siempre vacío, apenas pasaba tiempo allí. Dormía en una de las habitaciones, usaba su cuarto de baño, y poco a poco había ido haciendo mías las salas comunes.

Mientras pasaba la aspiradora, aireaba las camas y quitaba el polvo, Ilya estaba en el jardín. A veces paraba de jugar, y cuando yo me daba cuenta de que me miraba le sonreía. De vez en cuando le contaba por qué tenía que hacer alguna cosa, por qué otras cosas debían esperar. Sólo podía airear las mantas cuando el viento venía del pueblo. La ropa sólo se podía secar en espacios interiores. El estanque sólo se podía llenar una vez por semana. «¿Quieres ayudarme?», le pregunté, y para mi sorpresa asintió con la cabeza y se acercó. Le di un cesto con pastillitas de jabón, y cambiamos juntas en los cuartos de baño las pastillitas de jabón sin usar por otras nuevas.

Baby venía por el prado, se quedaba al otro lado de la valla, nos saludaba con la mano, gritaba siempre lo mismo, a modo de saludo: «¿Hoy tampoco hacéis nada?», seguido por su risa de fumadora. Se sacaba del bolsillo del delantal un chocolate blando para Ilya, que se quedaba quieta en la veranda, con el cestito en la mano. Mirando a Baby, mirando el chocolate sobre uno de los postes de la valla.

–Cógelo antes de que lo encuentren los bichos. –Las hileras de dientes grises de Baby, su cadena dorada sobre la piel suave, la mascarilla vieja, grasienta, bajo la barbilla. Era demasiado gruesa para poder colarse por la abertura de la valla.

Siempre me alegraba de verla. Todo en ella llegaba de inmediato a la superficie, cada pensamiento que le cruzaba por la cabeza sudada, cada recuerdo. Baby vivía sola en la casa de al lado, había crecido con mi abuelo y siempre había entrado y salido del hotel. Después de la muerte de la abuela había echado una mano durante un tiempo, acompañado a mi madre y mi tía a la escuela, limpiado las habitaciones, servido. Traía comida y miraba la tele conmigo cuando después de mi madre murió también mi tía y yo vivía sola con el abuelo en el hotel. Me había ayudado a taparlo cuando aún conservaba todo su peso y yo no tenía suficiente fuerza para girar su cuerpo. Más tarde fue más fácil, más tarde yo ya sabía cómo debía girarlo, que lo primero de todo tenía que quitar la sábana bajera y cambiarla por otra nueva, luego quitarle los pañales, ablandar las partes cubiertas de costra, limpiarlas, secarlas y empolverarlas. El cuerpo flaco, luego sorprendentemente liviano, indefenso. Para entonces la ayuda de Baby se manifestaba sobre todo en forma de consejos. Los pecados los arregla uno consigo mismo y con Dios. Para el sexo oral no se precisa amor, sólo resistencia. Para el dolor de cabeza hay que tomar prosecco caliente, para el malestar coñac, para los dolores menstruales sliwowitz. Cada indisposición encontraba un remedio en su mueble bar.

Cuando me acercaba a ella, olía su cuerpo caliente por encima de la valla y el humo, el muslo de pollo que chupaba mientras hablábamos. Unos restos de carne blancos se le habían quedado en la lengua, con la que se lamía la grasa de los dedos. Mirábamos hacia el cielo, hacia el bosque. Baby sabía todo lo que pasaba en el pueblo, pero no era mucho. Todos permanecían inmóviles bajo el eterno sol. Todos esperaban la lluvia.

Oíamos las sirenas, a veces los aviones de los bomberos volaban en círculos a través del humo, muy lejos. Eso significaba que los fuegos se desplazaban hacia arriba, que se volvían más difíciles de controlar.

Fue Baby quien me hizo reparar en los pájaros:

–Los bichos se reúnen, pero ya no se marchan.

Estorninos, a cientos, como pimienta espolvoreada sobre el prado seco. Se alzaban y caían como nubes, se separaban, se volvían a encontrar como una cinta agujereada, trazaban círculos y más círculos frente al cielo amarillo. El batir de alas, los gritos eran, para nosotras, en el jardín, silenciosos.

Entonces Ilya se reunió con nosotras frente a la valla y miró el cielo fascinada. La madre estaba en su habitación, me pregunté si estaría frente a la ventana, si en ese momento las cuatro estaríamos mirando lo mismo.

Baby señaló hacia arriba con el muslo de pollo mondo, nos señaló al cazador, se rio. Un ave grande que embestía la bandada por arriba o por abajo, determinando su forma.

–Todo esto es una mierda –gritó, pero parecía contenta, contenta por esa imagen tétrica, la amalgama de aves que huían del bosque en llamas.

Cuando la señora Ansel salió de su habitación, Baby le hizo un gesto con la cabeza.

–¡Buenos días! –grité, y la mujer nos saludó amistosamente. Hizo una seña a su hija para que fuera con ella, y la vimos dirigirse al comedor.

–Esta ha huido de alguien –dijo Baby–. Me da en la nariz. –Y rio y tosió.

—¿Por qué lo crees? —pregunté, pero ella se despidió con un gesto mientras se marchaba y meneó la cabeza.

Después de desayunar en el comedor, la mujer e Ilya solían volver juntas a su habitación. Cuando yo estaba en el jardín oía la televisión a través de la puerta, oía la ducha, la cadena del váter. A última hora de la tarde solían salir del hotel durante una o dos horas. La madre colocaba a la hija en el cochecito, llevaban mascarillas, la mujer unas gafas de sol. No me dijo adónde iban, y yo no pregunté, pero una vez, debía de ser el sábado después de su llegada, porque yo acababa de llegar del mercado, las vi desde el coche en el borde de la calle. La mujer llevaba el mismo vestido claro con el que había llegado. Empujaba el cochecito y andaba deprisa. Me pareció extraño que hubiera andado todo el camino con los delicados zapatos de tacón que siempre llevaba. Que hubiera empujado a Ilya a lo largo de toda la Bundesstraße, a través del aire gris, a medias sobre la calzada asfaltada y a medias sobre el terreno irregular del margen. Aminoré la marcha, la mujer miraba fijamente hacia delante, aceleró el paso. Bajé la ventanilla del asiento del copiloto. Grité: «¿Quieren que las lleve?», pero pareció que no me entendía, en todo caso no reaccionó. Continuó andando, agarrando con fuerza el cochecito, la mirada fija hacia adelante, a paso rápido, a cada paso los zapatos le golpeaban los talones. De modo que seguí adelante, tomé una curva y llegué hasta la siguiente plaza de estacionamiento. Me detuve y esperé, pero no venían. Salí del coche y anduve un trecho hacia ellas. No había ninguna bifurcación, sólo aquella calle, a los lados grupos de árboles secos, arbustos endurecidos, basura. Mis huéspedes no se veían por ninguna parte. Volví a mi coche, y al cabo de unos minutos seguí adelante.

Cuando las dos volvieron al hotel ya era tarde. Yo estaba en el comedor, mirando la tele, cada vez más preocupada. El nivel de contaminación del aire al otro lado del río era eleva-

do, durante el día había aumentado constantemente. Temía que hubiera pasado algo, que la mujer hubiera perdido la conciencia, por andar tan deprisa y respirar con la mascarilla. Me pasaron por la cabeza toda clase de cosas. Pensé en llamar a Baby, a lo mejor había oído algo. Justo cuando había decidido volver a recorrer el camino con el coche, llegaron al hotel. Ilya lloraba, la mujer la llevaba en brazos y empujaba el cochecito con la otra mano. Llegaron por el aparcamiento, con los brazos y las piernas pálidos a la luz lívida. Aguanté la puerta abierta, cogí el cochecito a la mujer. Parecía agotada, tenía los ojos enrojecidos, me pregunté si ella también había llorado o si se debía al aire. Una vez dentro se sentó a la mesa en la que siempre desayunaban, con la niña en su regazo.

—¿Podemos comer algo ligero? ¿Y beber algo? Por favor.

Ilya se había apretado contra la madre y lloraba con la cara enterrada en el pelo rubio. Llevé rápidamente un zumo para ella, un agua mineral para la madre. Luego fui a la cocina. Tuve la sensación de tener algo que ver con aquella situación. Quizá debería haberlas advertido cuando las vi marcharse. Debería haberles hablado de las condiciones del aire.

Herví unos fideos en un poco de caldo y eché dos huevos dentro, puse dos cuencos y una cesta de pan en una bandeja. Cuando volví al comedor, la niña se había dormido apoyada en el hombro de la madre. El vaso de zumo estaba vacío. La mujer estaba sentada a la luz de la lámpara ante el cristal negro de la ventana, llegaba un pálido resplandor del bosque, desde muy lejos.

Dejé los cuencos de sopa en la mesa mientras ella se encendía un cigarro y echaba el humo hacia un lado, lejos de la carita de la niña.

—Ha sido una estupidez por mi parte, no llevaba nada para beber. —Me sonrió con los labios delgados. Yo le devolví la sonrisa—. No pensaba que estaríamos fuera tanto tiempo.

—¿Se han perdido?

Negó vagamente con la cabeza, y tomó pequeñas cucharadas de uno de los cuencos de sopa entre calada y calada al cigarro.

—¿Puede ser que las haya visto en la Bundesstraße? —le pregunté.

Una risa repentina le cambió la cara por completo. Por primera vez me di cuenta de que uno de los incisivos superiores era más corto que el otro, dos o tres milímetros. Me extrañó que no me hubiera llamado antes la atención, me pregunté si escondía conscientemente los dientes desiguales, si se había acostumbrado a sonreír de tal modo que el diente corto sólo se mostraba cuando perdía el control de su mímica.

—He pasado a su lado con el coche, pero no me han oído.

Continuó riéndose. La cabeza de su hija se ladeó, y ella acarició un momento el fino cabello. Volvió a recordarme a mi madre, el gesto travieso con que torcía la boca, y que desentonaba un poco en su cara.

—Disculpe —dijo la mujer—. La he confundido con otra persona.

—Podrían haber llamado al hotel —le dije—. Habría ido a buscarlas con el coche.

—Oh, muchas gracias. No llevaba el móvil.

Ilya, soñolienta, abrió los ojos. La mujer susurró:

—Enseguida, enseguida —y siguió acariciándole la cabeza, para calmarla—. Ya nos vamos a la habitación. —Pero no se levantó. Me pregunté quién había imaginado que iba en el coche, a quién conocía que viviera por aquí cerca.

—Ha sido una estupidez por mi parte. Ir tan lejos, sin móvil, sin nada de beber ni comer. Pero gracias. Gracias por su ofrecimiento. —Señaló el segundo cuenco de sopa—. ¿Le apetece, señora Lehmann? Ilya está durmiendo.

Aunque yo ya había comido, me senté. Comimos juntas, luego nos fumamos uno o dos cigarros. Afuera se veía el resplandor del bosque, pero ya no se oía ningún helicóptero ni ningún avión. Estuvimos charlando un rato, luego nos calla-

mos. Miramos la oscuridad al otro lado de la ventana, a través de nuestras siluetas reflejadas en el cristal. La niña durmiendo en su regazo, la mano de la mujer, que acariciaba la pequeña espalda. Parecían estar solas en el mundo.

Cuando me levanté y empecé a retirar los platos y cubiertos, ella aplastó su cigarro y se puso de pie con cuidado con Ilya en brazos. La ayudé con la puerta de cristal, luego salí con ella al jardín y encendí la luz de la pared. Nos despedimos con un susurro, pero cuando vi que no podía abrir la puerta de su habitación con la niña en brazos, fui corriendo hacia allí. Le cogí la llave de la mano y abrí. De la habitación salió inmediatamente un olor agrio, rancio. En el campo de luz que la iluminación del jardín proyectaba por la rendija de la puerta había un revoltijo de prendas de ropa, hojas de papel escritas y llenas de garabatos, pantis, paquetes, zapatos de niña desparejados. Aquello no pegaba nada con la cuidada apariencia de la mujer.

Pasó con cuidado por encima de aquellas cosas y dejó a la niña en la cama doble. Susurré mi segunda despedida y ya me disponía a retirarme cuando oí que me decía algo. Me volví hacia ella, no la había entendido.

–Es un tiempo muy extraño –repitió. Ahora estaba en el marco de la puerta. Me detuve, esperando una explicación, pero no parecía querer añadir nada, sólo sonrió vagamente.

–Sí. Para todos –dije, refiriéndome a los incendios.

–Sí, por supuesto –dijo. Luego me deseó buenas noches y cerró la puerta.

Más tarde, cuando estaba en la cama, pensé en ella. En cómo había empujado el cochecito, dos ruedas junto a la línea del arcén, dos en los guijarros junto a la carretera, en la pendiente cada vez más empinada. Sus pies dentro de los zapatos elegantes, la espalda blanca, el pelo rubio, las manos duras. La mascarilla, las gafas de sol, de modo que de su cara sólo se veía la frente, las sienes, los pómulos. Mirando fijamente hacia adelante.